

Parochial and Plain Sermons Vol II, 30, pp 368-378.  
Predicado el 18 de octubre de 1831

## **EL PELIGRO DE LOS TALENTOS** **Fiesta de San Lucas Evangelista**

*He infundido sabiduría en el corazón de todos los hombres hábiles (Éxodo 31,6)*

San Lucas difiere de sus compañeros evangelistas y discípulos por haber recibido las ventajas de lo que se llama una educación liberal. En este sentido recuerda a San Pablo, quien, con iguales talentos parece haber tenido aún más educación. Se dice que Lucas era nativo de Antioquia, una ciudad célebre por los hábitos refinados y la cultura intelectual de sus habitantes, y que su profesión era la de físico o médico, lo cual muestra que estaba en cuanto a educación por encima de la generalidad. Esto está confirmado por el carácter de sus escritos, que son superiores en composición a cualquier otra parte del Nuevo Testamento, con excepción de las cartas de San Pablo.

Existen personas que dudan si lo que llamamos “talentos”, sea en literatura o en las bellas artes, puede ser compatible con una profundidad y seriedad práctica de pensamiento. Creen que prestar atención a los mismos habla de una mente ligera, y, cuando menos lleva un tiempo que podría emplearse mejor. Confieso que, a primera vista, parecen capaces de decir mucho en defensa de su opinión. Sin embargo, San Lucas y San Pablo fueron hombres talentosos, y evidentemente se complacían en sus habilidades.

No estoy hablando del *saber* humano. Muchos piensan que es también inconsistente con la simple fe incorrupta. Suponen que aprender debe hacer orgulloso al hombre. Esto es, por supuesto, un error. Pero no estoy hablando de ello, sino del demasiado celo por los *talentos*, las artes y estudios elegantes, tales como la poesía, la composición literaria, la pintura, la música, y cosas semejantes, que son consideradas no por cierto haciendo a un hombre *orgulloso* pero sí *frívolo*. Cuán verdadera sea esta opinión y cuánto no lo sea, es algo de lo que voy a hablar, y lo hago por el hecho sabido de que San Lucas fue un escritor culto y fino, y sin embargo un evangelista.

Ahora bien, que los talentos de los que hablo tienen *tendencia* a hacernos frívolos y afeminados, y por ende deben ser vistos por nosotros con sospecha por lo que se refiera a cada uno, estoy dispuesto a admitirlo, y ahora lo aclararé. Concedo que de hecho el refinamiento y el lujo, la elegancia y el afeminamiento, van juntos. Antioquia, la ciudad más refinada, era la más voluptuosa de Asia. Pero el *abuso* de las cosas buenas no es argumento contra las cosas mismas. El cultivo de la mente *puede* ser un don divino aunque se abuse de él. Todos los dones de Dios están pervertidos por el hombre: la salud, la fuerza, el poder intelectual, son torcidos por los pecadores hacia propósitos malos, aunque no son en sí mismos un mal. Entonces, el conocimiento de las bellas artes puede ser un don y un bien, con el propósito de ser un instrumento para la gloria de Dios, aunque para muchos que lo tengan represente indolencia, lujo y debilidad.

Pero el relato de la construcción del tabernáculo en el desierto, del cual está tomado el texto, es decisivo en este punto. Es demasiado largo para que os lo lea, pero unos pocos versículos os recordarán la naturaleza del mismo. “Hablarás con todos los hombres ingeniosos, que Yo he dotado de espíritu de sabiduría, y ellos harán las vestiduras de Aarón,

para santificarle, a fin de que sea sacerdote mío” (Ex 28,3). “Mira que he llamado por su nombre a Besalel...y le he llenado de espíritu divino, de sabiduría, inteligencia y maestría en toda clase de trabajos. Para inventar diseños y labrar el oro, la plata y el bronce; para grabar piedras de engaste, para tallar la madera y ejecutar cualquier obra” (Ex 31,2-5). “Tomad de lo que poseéis una ofrenda para el Señor. Todos den generosamente un tributo para el Señor: oro, plata y bronce, jacinto, púrpura escarlata y carmesí, lino fino, pelo de cabra, pieles de carnero teñidas de rojo, pieles de tejón, madera de acacia, aceite para el candelabro, aromas para el óleo de unción y para el incienso aromático, piedras de ónice, y piedras de engaste para el efod y el pectoral. Y vengan los artífices hábiles de entre vosotros a fabricar todo cuanto el Señor ha ordenado” (Ex 35,5-10).

¿Cómo es que lo que en sí mismo es tan excelente y, diría, tan divinamente natural, está sin embargo tan comúnmente pervertido? Procedo a establecer cuál es, según me parece, el peligro de ser talentoso o habilidoso, con vistas a responder esta pregunta.

El *peligro* de una educación elegante y cortés es que separa el sentimiento de la acción, enseñándonos a pensar, a hablar y a conmovernos correctamente, sin forzarnos a practicar lo que es correcto. Daré un ejemplo de esto, aunque algo familiar, que es el efecto producido en la mente al leer lo que comúnmente se llama un romance o novela, que entra bajo la descripción de literatura elegante, de lo cual estoy hablando. Tales obras contienen muchos buenos sentimientos (tomo lo los mejores de ellos), se presentan personajes virtuosos, nobles, pacientes en el sufrimiento, triunfando al final sobre el infortunio. Supongamos que se hacen valer y se defienden las grandes verdades de la religión, y nuestros afectos son excitados e interesados en lo que es verdadero y bueno. Pero es todo ficción. No existe fuera de un libro que contiene el principio y el fin de todo eso. *Nosotros* no tenemos nada que *hacer*. Leemos, nos sentimos conmovidos, suavizados o entusiasmados, y eso es todo. Nos enfriamos nuevamente, y nada pasa. Ahora, observemos el efecto de esto. Dios nos ha hecho sentir para que podamos *actuar* en consecuencia del sentimiento, pero si permitimos excitar nuestros sentimientos sin actuar según ellos dañamos el sistema moral dentro nuestro, como si estropeáramos un reloj u otra pieza mecánica jugando con sus engranajes. Debilitamos sus resortes y dejan de funcionar bien. Así, cuando hemos contraído el hábito de distraernos con estas obras de ficción llegamos finalmente a sentir la excitación sin el menor pensamiento o tendencia a actuar de acuerdo, y como es muy difícil empezar cualquier deber *sin* alguna que otra emoción, es decir, empezar sobre meros principios de frío razonamiento, surge una grave pregunta: ¿cómo haremos para actuar cuando las circunstancias nos obliguen a hacerlo, después de haber destruido la conexión entre sentir y actuar? Por ejemplo, diremos que hemos leído una y otra vez acerca del heroísmo de enfrentar el peligro y hemos ardido vivamente con el pensamiento de su nobleza, hemos sentido qué grande es soportar el dolor y someterse a las indignidades antes que herir nuestra conciencia, y todo esto, una y otra vez, cuando no teníamos oportunidad de llevar nuestros sentimientos buenos a la práctica. Ahora, suponed que al fin nos llega realmente la tribulación, y digamos que nuestros sentimientos llegan a ser entusiastas como antes ante el pensamiento de resistir audazmente las tentaciones de cobardía, ¿cumpliremos entonces nuestro deber como hombres?, ¡ya lo creo!, probablemente hemos de hablar en voz alta, y luego huir del peligro. ¿Por qué? Preguntemos más bien ¿por qué *no*? ¿Qué cosa debe impedir que nos rindamos? ¿El que *sintamos* correctamente? No, hemos sentido así y pensado así una y otra vez sin acostumbrarnos a actuar correctamente, y aunque hubo una conexión original en nuestras mentes entre sentir y obrar, ahora no hay ninguna. Los cables dentro nuestro, como podrían llamarse, están sueltos y sin fuerza.

Lo que aquí está citado como ejemplo de fortaleza es verdad en todos los casos de alguna obligación. El refinamiento que da la literatura es el de pensar, sentir, conocer y hablar bien, no el de obrar bien, y por eso, mientras hace cordiales los modales y decorosa y agradable la conversación, no tiende a hacer *virtuosa* la conducta práctica del hombre.

Observad que he supuesto que las obras de ficción de que hablo inculcan sentimientos rectos, aunque tales obras son a veces viciosas e inmorales. Pero en el mejor de los casos, suponiéndolas bien fundadas, después de todo son peligrosas en sí mismas, es decir, si dejamos que el refinamiento tome el lugar de la obediencia fuerte y de mano dura. Por ello me opongo a ciertas novelas *religiosas* que algunas personas piensan tan útiles. Que a veces hacen bien no lo niego, pero hacen más daño que bien. Hacen daño en general, llevan al hombre a cultivar los afectos religiosos separados de la práctica religiosa. Y aquí debo hablar de ese completo sistema religioso, mal llamado religioso, que hace consistir la fe cristiana no en la práctica honesta y simple de lo bueno sino en el lujo del sentimiento religioso excitante, en un mero meditar sobre Nuestro Señor, como en un ensueño sobre lo que ha hecho por nosotros. Semejante contemplación indolente no santificará *de hecho* a nadie, más que la lectura de un poema o escuchar un canto o el tono de un salmo.

El caso es el mismo con las artes aludidas, la poesía y la música. Si no estamos en guardia probablemente nos harán cobardes al excitar emociones sin asegurar la práctica correspondiente, destruyendo así la conexión entre sentir y obrar. Entiendo aquí por cobardía la incapacidad de hacer lo que queremos, decir cosas refinadas y yacer perezosamente en el sofá, como si no pudiéramos levantarnos a pesar de que siempre lo hemos deseado tanto.

Y aquí debo señalar algo más acerca de los talentos elegantes que nos hacen demasiado refinados, fastidiosos y falsamente delicados. En los libros todo es bello de este modo. Los cuadros están pintados de virtud *total*; se dice poco acerca de fracasos y poco o nada del trabajo ordinario de la obediencia de cada día, que no es ni poético ni interesante. La verdadera fe nos enseña a realizar innumerables cosas desagradables por la causa de Cristo, soportar pequeñas contrariedades, que no encontramos escritas en ningún libro. Muchos libros cristianos hacen a la conducta imponente, elevada y espléndida, de modo que cualquiera que solamente conoce la verdadera religión por los libros y no por la real tentativa de ser religioso, es seguro que tomará a mal la religión cuando realmente la encuentre, por la dureza y humillación de sus obligaciones y la necesaria deficiencia suya para cumplirlas. Es hermoso lavar los pies de los discípulos en un cuadro, pero las arenas del desierto real no tienen brillo que compense por la naturaleza servil de tal ocupación.

Más aún, debe señalarse que el arte de la composición, que es un talento principal, tiene en sí la tendencia a hacernos artificiales e insinceros, porque estar siempre atentos a la precisión y propiedad de nuestras palabras es, o al menos existe el riesgo que sea, una tipo de actuación, y conocer lo que puede decirse de ambos lados de un asunto es un paso importante para pensar que uno es tan bueno como el otro. De aquí que los hombres de los tiempos antiguos que cultivaban la literatura cortés se llamaban “sofistas”, es decir, que escribían elegantemente y hablaban elocuentemente de cualquier tema, recta o equivocadamente. San Lucas acaso hubiera sido un sofista de no haber sido cristiano.

Tales son algunos de los peligros de los talentos elegantes, y acosan más o menos a todas las personas educadas, y entre ellas no poco quizá a mujeres que no tienen obligaciones directas y están por encima del trabajo de la vida común, y por eso son aptas para hacerse fastidiosas y refinadas, amar el lujo fácil y divertirse con propósitos meramente elegantes,

mientras admiran y hacen profesión de fe en lo que es religioso y virtuoso, pensando que poseen realmente el modo de ser que estiman.

Con estos pensamientos ante nosotros es necesario mirar atrás a los ejemplos de la Escritura que puse al principio para llegar a la conclusión de que los talentos son positivamente peligrosos e indignos de un cristiano. Pero San Lucas y San Pablo nos muestran que debemos ser trabajadores tenaces al servicio del Señor y llevar nuestra cruz virilmente, aunque estemos adornados con todo el saber de los egipcios, o más bien, que los recursos de la literatura y las bondades de una mente cultivada pueden ser una fuente legítima de gozo para quien los posee, y medios de introducir y recomendar la Verdad a otros, así como la historia del tabernáculo muestra que todas las artes ingeniosas y los bienes preciosos de este mundo pueden ser consagrados al servicio religioso, y hablar del mundo venidero.

Concluyo con las siguientes cautelas que devienen de los comentarios precedentes. No debemos dar demasiado tiempo a ocupaciones ligeras y no debemos permitirnos leer obras de ficción o poesía, o interesarnos en las bellas artes por la mera razón de las cosas mismas, sino recordar siempre que somos cristianos y seres responsables que tenemos principios fijados de lo bueno y de lo malo, desde los cuales deben ser tratadas todas las cosas, y que tenemos hábitos religiosos en los que debemos madurar y a los cuales todas las cosas deben subordinarse. Nada es más común entre gente talentosa que el hábito de leer libros por el hecho de leerlos, así como alabar y culpar acciones y personas allí descritas de modo irreflexivo, de acuerdo a su fantasía, sin considerar si son realmente buenas o malas de acuerdo a la verdad moral. No quisiera ser austero, pero cuando esto se hace habitualmente es ciertamente peligroso. Tal es también el abuso del talento poético, ese don sagrado. Nada es más común que caer en la práctica de finos sentimientos, sobre todo al escribir cartas, por rutina o por cierto tipo de manifestación elegante. Nada más común al cantar que usar palabras que tienen un significado vacío o malo. Todas estas cosas son dañinas para la seriedad de carácter. Por esta razón, dejando otras de lado, es que la profesión de los actores y oradores es peligrosa. Aprenden a decir cosas buenas y a excitar en ellos vehementes sentimientos acerca de nada.

Si hablamos seriamente, no dejaremos que pase de largo nada que pueda hacernos bien, ni seremos frívolos con asuntos tan sagrados como los deberes morales y religiosos. Nos aplicaremos todo lo que leemos, y casi sin intentarlo, por la sola sinceridad y honestidad de nuestro deseo de agradar a Dios. Seremos suspicaces de esos pensamientos y deseos buenos y nos abstendremos de exhibir nuestros principios y quedar cortos en nuestro obrar. Aspiraremos a hacer el bien y glorificar así a nuestro Padre, y exhortaremos e impulsaremos a otros a hacerlo también, pero en cuanto a hablar sobre los temas apropiados de la meditación religiosa, y *tratar* de mostrar piedad y excitar sentimientos semejantes en otro, aunque sea nuestro amigo más cercano, lo consideraremos un engaño y un daño. Sin embargo, esto es lo que muchas personas consideran lo más elevado de la religión, y lo llaman conversación espiritual, la prueba de una mente espiritual, mientras que, dejando a un lado la hipocresía incipiente y ocasional, y la falta de modestia, yo llamo a toda expresión de emociones religiosas formal e intencional y a todo discurso estudiadamente apasionado, *disipación*, de la misma naturaleza aunque diferente en su objeto de la que llamamos así comúnmente, porque es una pérdida y un despilfarro de nuestra fuerza religiosa y moral, un debilitamiento general de nuestras fuerzas espirituales, como he dicho ya. ¿Y todo para qué? Por el placer de la emoción inmediata. ¿Quién podrá negar que este desorden religioso es un caso paralelo al sensual? Es precisamente el mismo, del cual los religiosos en cuestión piensan estar muy lejos, del mundo elegante que lee obras de ficción, frecuenta espectáculos públicos, está

siempre buscando las novedades, ostenta orgullo de modales y modo de andar “afectado” (Is 3,16), y está pronto para toda clase de buenos pensamientos e intensas emociones en toda ocasión.

¿Qué diría un profeta de Dios de tales abusos de la decencia y elegancia de la verdad moral convertidas en medio de placer lujoso? Escuchad las palabras del santo Ezequiel, ese severo hombre de Dios, un verdadero santo en medio de un pueblo autoindulgente y tan religioso: “En cuanto a ti, hijo de hombre, los hijos de tu pueblo chismean de ti, junto a las paredes y a las entradas de las casas. Hablan entre sí cada uno con su compañero, diciendo: ‘¡Ea, vamos a oír cuál es la palabra que ha salido del Señor!’ Y vienen a ti como a reuniones del pueblo, y se sienta delante de ti mi pueblo para oír tus palabras, pero no las ponen en práctica, porque con su boca te alaban, mientras su corazón va tras su avaricia. Pues he aquí que eres para ellos como un cantor de amores que tiene hermosa voz y toca bien; porque escuchan tus palabras mas no las cumplen” (Ez 33,30-32).

O considerad las palabras de San Pablo, que son aún más impresionantes porque él mismo era un hombre de saber y talentos, y se complacía de modo apropiado en los propósitos que ello hacía surgir: “Predica la palabra, insta a tiempo y a destiempo, reprende, censura, exhorta con toda longanimidad y doctrina. Porque vendrá el tiempo en que no soportarán más la sana doctrina, antes bien con prurito de oír se amontonarán maestros con arreglo a sus concupiscencias. Apartarán de la verdad el oído, pero se volverán a las fábulas” (2 Tim 4,2-4). “Velad, estad firmes en la fe; portaos varonilmente; sed fuertes” (1 Cor 16,13).